

El Motín

AÑO XIX NÚM. 11

REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO

17 MARZO DE 1900

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre, 4,50 pesetas. — Ultramar y Extramar, 6 pesetas. — Números sueltos, 10 céntimos. — Anuncio, 25 céntimos. — Responsales, 25 números, 4,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Jódar (Jaén).—Un viejo republicano, en su nombre y en el de otros correligionarios de su localidad, entrega 25 pesetas para lo de los sellos.

Madrid.—Como obrero que soy, siento no poder contribuir á lo de los sellos mas que con 5 pesetas. *Eleuterio Saorin.*

Vinaros.—Allá van 30 pesetas para lo de los sellos, recaudadas entre varios amigos, trabajadores todos, sin perjuicio de enviarle después lo que produzca la suscripción, que continúa abierta. *Juan Antonio Peris.*

CONTESTACION

Señor don José Nakens.

Querido amigo: A instancia de algunos amigos, accedí á que la casa *Recarte, hijo*, de la que soy propietario, admitiese las cantidades que produjera la suscripción iniciada para erigir un monumento al insigne Castelar. A esto exclusivamente se ha reducido mi intervención en el asunto, y, por tanto, no ha tenido usted muy buen acierto al pretender saber por mí lo que haya en él.

Hasta hace unos quince días ignoraba la existencia de la lista de suscripción de *El Liberal*, por haberla publicado cuando aún me hallaba con mi familia en Biarritz; no sabía, pues, á cuánto ascendía la suscripción, y hoy mismo ignora si ésta ha aumentado hasta llegar á las pesetas que usted indica.

Lo que sí sé, y me conviene hacer constar, es que la recaudación dista mucho de la cantidad que arroja la suscripción, puesto que la casa *Recarte hijo* no tiene en su poder más que cuatro mil trescientas y pico de pesetas, de las que ha entregado recibos, y que conserva, en cumplimiento de lo que manifestó al hacerse cargo de la recaudación, para entregarlas á la Junta encargada de la erección del monumento, si á ello se llega, 6 para devolverlas á los donantes previa presentación del resguardo que se les dió, si el proyecto no cuaja.

De usted afectísimo amigo,

q. b. s. m.

EDUARDO BASELGA

Agradezco á Baselga la contestación, y excuso advertirle que no se trataba de saber si el dinero que el guardase estaría á toda hora dispuesto para los fines que señala: aquí ya nos conocemos todos, y todos sabemos que se pueden depositar millones en poder de Baselga.

De lo que trataba la persona que me indicó la conveniencia de aclarar este asunto, pues á mí maldito lo que me importa, era de saber quién guardaba, ó quién guarda las cantidades que *El Liberal* publicó en una lista, con la promesa de publicar otra.

¿No se sabe? ¿No puede subirse? ¿No debe saberse? Me tiene sin cuidado. Puntos son estos que no toco nunca por propia voluntad.

Lo único que lamento, como español, es que la suscripción no haya alcanzado la suma á que tenía derecho un hombre como Castelar, y del cual parecen ya haberse olvidado hasta los mismos que tomaron su nombre por bandera para fines políticos que no han realizado.

Y basta, si alguien no pone empeño en que hable más.

La Unión republicana

Tarda en pactarse. Mala señal. Reconociendo por todos la necesidad de hacerla, y estando cada cual dispuesto á sacrificar algo, es inexplicable cómo en dos ó tres reuniones, ya que no en la primera, no quedaron convenidas las líneas generales.

Esto me hace sospechar que va á seguirse el mismo procedimiento que en las coaliciones, uniones y fusiones pasadas, y que, por lo tanto, el resultado será igual, es decir, nulo. Y para esto, francamente, valiese más no unirnos. Separados, tenemos una disculpa para nuestra inacción, lo que no ocurriría si nos uniésemos para no hacer nada.

Se me dice que uno de los más decididos en que el plan salga adelante, es Sol y Ortega. Me alegro, porque es el que casi siempre lo ha echado todo á perder, y porque esto indica que acaso esté arrepentido de los ataques que infirió en el Congreso á los republicanos con quienes ahora va á unirse, al defender las actas de los reaccionarios de Barcelona.

Y ruego que se le conceda en el organismo directivo que se forme el puesto que por su talento y su elocuencia merece, no sea que de lo contrario arme un cisco como el que armó cuando la fusión.

En fin, que salga viable la criatura, porque si no, vamos á ver si unos cuantos ciudadanos que no aspiramos á ocupar puestos preeminentes, realizamos la idea de reunirnos en encantador desorden y simpático tumulto para ver si nos entendemos, aunque sea á palos, ya que á discursos no hay medio de lograrlo.

No abandono esta idea, ni la de reunirnos los periodistas republicanos, mas no tengo impaciencia; quiero ver en qué queda esto del laborioso parto unionista, que va á unir patriótica y desinteresadamente y revolucionariamente (creo que así será) á los que siempre se tiraron al codillo.

Y me alegraría que la unión resultase tan bien, que tuviese yo que renunciar á mi idea; pues nunca fui aficionado ni á bullir, ni á obtener puestos, ni á nada que se tradujera en provecho propio.

Pero si nadie hace nada ¡qué remedio! daré tres ó cuatro vueltas á la llave del aposento donde guardo mi orgullosa modestia, y tomaré alguna de esas iniciativas; así me convenceré de si soy un majadero, un inútil como tantos que conozco, ó si realmente sirvo para algo más que mover la pluma y criticar á los que nada práctico hacen. Si resulta esto último no aguardaré á que nadie me retire de la escena; lo haré yo.

Allá veremos: lo único que puedo anticipar es que no seguiré el camino trillado, ya que estamos todos convencidos de que por él no se va á parte alguna.

JOSÉ NAKENS

Lo que "Sisa", la Compañía de cerillas

El estado que leyó el señor Bergamín y que tanto efecto produjo en la Cámara, dice así:

ESTADO DE LAS SISAS DE FÓSFOROS EN 1898-99

Caja de la clase núm. 1: debe tener 90 cerillas; contiene, por término medio, de 70 á 74: sisa por caja, 16 cerillas; por gruesa, 2.303: total de sisas al día por el promedio de gruesas: 10.137.600 cerillas; total de sisa al año, cerillas 3.700.224.000, que forman 347.243 gruesas.

Caja de la clase núm. 2: debe tener 75 cerillas; contiene de 50 á 54 cerillas; sisa por caja, 25; por gruesa, 3.168; al día, en promedio de gruesa, 13.939.200 cerillas; al año, 5.087.808.000 que forman en junto 106.640 gruesas.

Caja núm. 3: debe tener 75 cerillas; contiene de 50 á 56; sisa por caja, 35; por gruesa, 3.168; por día, 6.959.400; al año, 2.543.904.000, que forman 353.320 gruesas.

El importe total de la sisa, según este estado, suma para la Compañía la enorme cantidad de 7.182.213 pesetas, de las que hecha la deducción de dos millones por importe de materias primas, resulta un beneficio neto para la Compañía, por concepto de sisas, de cinco millones de pesetas.

El efecto que produjeron estos datos fué extraordinario.

A pesar de esto, no hay en la cárcel ninguno de esos *sisonos*, vulgar ladrones. ¿Y se comprende. La mayoría de los reos tauradores se protegen por aquello de: «hoy por ti y por mí mañana».

NUESTRA MINORÍA

En ningún asunto ha dado pruebas de virilidad ni de patriotismo. Todas las notas energéticas, de oposición verdadera, las han dado tres ó cuatro monárquicos.

Esto no tendría ni justificación ni disculpa en ningún caso; pero menos en este.

Las Colonias se perdieron, y el ejército no hizo para defenderlas lo que la patria tenía derecho á esperar de él y hasta á exigirle.

¿Fue por culpa suya? Los republicanos debieron haber sido los primeros en pedir que se depurasen bien los hechos, para fijar las responsabilidades.

¿Fue por culpa de los que gobernaban? Los republicanos debieron haberse anticipado á todos para exigir que se devolviese al ejército su honra; para decirle al país por qué había regresado á España sin batirse; para llevar á la barra á los causantes de su inmerecido descrédito.

Y debieron haber hecho cualquiera de esas cosas, con decisión, con valentía; ya para que la patria despreciara y castigase al ejército que tan mal había respondido á su confianza y sus sacrificios; ya para que le hiciera justicia y dirigiese sus tiros contra los que, después de haberle prohibido cumplir con su deber, se habían convertido en sus detractores.

Mas no; ninguna de las dos cosas ha hecho la minoría. No se ha atrevido á atacar al ejército, si lo cree culpable, ni tampoco á defenderlo, si lo juzga exento de responsabilidad. En el primer caso, y atacándolo con justicia, hubiera

quedado bien con la patria; en el segundo, y defendiéndolo con razón, habría quedado bien con el ejército. Callando, como lo ha hecho, queda mal con ambos. La patria dirá: «Los republicanos no se atreven á combatir á los que me han deshonrado.» Y el ejército: «Los republicanos han visto impasibles mi deshonra.» Y las dos entidades sentirán hacia nosotros esa indiferencia, rayana en el desprecio, que se siente hacia todos aquellos que no tienen el valor de sus convicciones, ó no echan, como vulgarmente se dice, el pecho al agua en las ocasiones supremas.

Ha sido una gran desgracia para la nación y para el partido republicano, el que no haya habido siquiera un hombre en la minoría capaz de haber liquidado las responsabilidades de nuestras catástrofes y haber presentado en frente del Presupuesto de la monarquía el de la República.

A estas dos cosas iban á las Cortes actuales; ninguna han hecho. Y se impone este dilema: ó no sirven ó no se atreven. Y en cualquiera de los dos casos, la consecuencia es esta: ¡a sus casas!

Muy sabios, muy honrados, muy caballeros, pero muy inútiles, muy pacaos, muy enemigos de reunir con nadie, ni siquiera con los monárquicos.

Y como necesitamos hombres de otro temple ¡a sus casas! ¡a sus casas! ¡a practicar modestamente, llenando de encanto á sus familias, sus virtudes privadas, ya que no han sabido lucir las públicas ante esta pobre España, sedienta de actos viriles, de resoluciones energéticas; de esta España que mira hoy con simpatía á un Romero Robledo, á pesar de su *historia política*, sólo porque se ha atrevido á decir algo.

¿Cómo no miraría á los republicanos si, dada su situación envidiable, hubieran cumplido con su deber?

Indigna al par que entristece el hablar de esto.

FÓSFOROS SIN HUMO

Sin humo para la Compañía Arrendataria de Cerillas; con humo, pero con mucho humo para el pagano contribuyente. Diganlo si no los abusos monstruosos denunciados por el diputado señor Bergamín en el Congreso.

Y va de monopolios y de escándalos: El de la Traslántica, á la que se le da un pequeño socorro de 60 millones.

El de la Tabacalera, á quien el gobierno tiene la bondad de aumentarle el precio de tabacos y timbres, no obstante que viola el contrato, que acrece en sus beneficios, sin que el Tesoro público reporte ninguna utilidad.

El de los fósforos y explosivos, á cuya empresa explotadora se le otorga igual favor á costa del contribuyente.

El privilegio del Banco de España, al que se le concede por la ley que pueda llegar en su circulación fiduciaria al límite de 2.500.000.000 de pesetas, renunciando el Estado al propio tiempo al impuesto sobre el billete, sin duda porque no cobran aún bastantes dividendos los accionistas.

El de la emisión de cédulas hipotecarias, dejando libre de todo sacrificio al Banco Hipotecario.

El de la inveterada protección á las Compañías de Ferrocarriles, á las cuales les hizo el Estado aquel célebre regalo de la prórroga de la concesión y que ya están pensando cómo la alargarán.

El de...

¿Pero para qué seguir? El dolor y la contrición del desastre se ha convertido en eso, en un recrudescimiento del egoísmo, en una mortal recaída del Estado que extingue del pago del desastre á las grandes empresas y carga las costas sobre los consumidores.

¿Quién dirá, después de esto, que no estamos mejor que queramos?

Habría para asustar á cualquier pueblo, por rico y despreocupado que fuera, con lo que significaba la liquidación de la catástrofe.

España al concluir las tres guerras, las dos coloniales y la internacional, debe más de 9.000 millones. Por Deuda exterior, 1.971.151.000; por interior, 2.359.808.300, y por amortizable, 1.540.000.000. Los intereses anuales de esas tres Deudas representan 273.759.697. Unase á esto la Deuda colonial garantizada por España que es como sigue: Cuba 1886: 588.000.000; Cuba 1890: 381.500.000; Filipinas (serie A y parte de la serie B, pagadera en peseta), 151.000.000. Los intereses anuales de la Deuda colonial son 71.961.000.

Es decir, que el resumen general de la deuda general y colonial arroja las siguientes cifras, que debían aprenderse de memoria todos los españoles:

Deudas exterior é interior, colonial (Cuba y Filipinas): 7.032.352.000. Intereses: trescientos cuarenta y ocho millones quinientos nueve mil seiscientos noventa y siete.

Falta añadir al servicio anual de esta deuda la pérdida del cambio correspondiente á la exterior. La Deuda flotante es de 2.042 millones (obligaciones del Tesoro 543 millones, anticipo del Banco sobre Aduanas de Cuba, empréstito interior de 800 millones, anticipo de la Compañía de Tabacos 60 millones, obligaciones sobre las Aduanas 310 millones, desembolso en Cuba 2.042 millones).

Es, en otros términos, que la Deuda absorbe un 75 por 100 de los recursos.

Antes de la guerra de Cuba, los intereses de la Deuda, comprendiendo las sumas afectas á la flotante, se elevaban á 320 millones. Se ve, pues, cómo esa carga sobrepuja las fuerzas contributivas del país.

¿Y quién tiene la culpa? No son recónditas las causas. Las grandes facilidades que el Estado ha encontrado siempre en el Banco de España, que por amor á los grandes dividendos se dejaba explotar, han sido desastrosas para la Hacienda pública.

Las antiguas relaciones del Banco con el Tesoro, los déficits constantes, han sido causa del desarrollo de la emisión de billetes y han influido en la cifra creciente de los proyectos que el Banco ha sacado de los servicios prestados al gobierno. A fines del 94, la circulación fiduciaria era de 906 millones, con una existencia metálica de (1.200) 543 millones; á fines de 1895, existencia 507 millones, circulación fiduciaria 994 millones; á fines de 1896, 1.206 millones en billetes, existencia metálica 493 millones. En 1898 la emisión de billetes subió (31 Diciembre) á 1.443 millones con una existencia de 276 millones oro y 195 millones plata. El Banco llegó al límite de 1.500 millones fijado por la ley de 1891, que prorrogó el privilegio hasta 1.921. Una ley de 1898 ha subido el límite á 2.500.000.000 de pesetas.

El Banco ha ido disminuyendo su reserva metálica á medida que iba subiendo su emisión de billetes. Tenía 543 millones de dinero cuando sus billetes importaban tan solo 906, y 471 millones entre oro y plata cuando sus billetes importaban 1.443 millones. ¿Quién extrañará el negocio?

Y lo mismo se puede decir de la Arrendataria de Tabacos, y de la Traslántica, y de la Compañía monopolizadora de cerillas y de explosivos, y de cuantas grandes empresas han tenido relaciones con el Estado. Para ellas ha sido la guerra, para ellas la *regeneración*. Como los cuervos, se han alimentado de cadáveres.

El gobierno pedía dinero y más dinero de cuantos se lo querían dar. ¿Es que no iba á pagarse esa locura? ¿Es que no habían de cobrarse los intereses? ¿Está en la naturaleza, en el corazón humano... de las compañías sacrificarse por la patria, dejar de lucrarse con sus males?

Y aún habrá quien se escandalice de ello, quien pretenda que el Estado tramposo y deudor ejerza procedimientos de justicia con las empresas poderosas, les exija moralidad! Es inocente y aun diría yo que toca á lo ridículo espantarse, hacer aspavientos por semejante escándalo. No. Lo único que debe asombrar es que no sea mayor. ¡Toma guerra, desventurada nación! ¡Aplauda, aplaude lo de hasta lo del último soldado y la última peseta!

«El precio de la gloria» titula un periódico inglés al balance de lo que les costará en definitiva la guerra del Transvaal con sólo que dure unos cuantos meses más: dos mil millones y medio de francos. ¿No es verdad que la gloria es un poco cara? ¿Y qué se dirá de nosotros, á los que ha costado más de tres mil millones el perder las Colonias?

Pero, en fin, no hay que apurarse. La renta exterior del 4 por 100, que había estado en 1894 á 75, cayó en 1898 á 29, para volver a subir después de la paz á 40, y luego á 55, y por último, hoy día de la fecha, á 80.

¿Quién dijo miedo! Mientras estén boyantes las acciones del Banco y la Tabacalera, somos felices. En tanto que la Traslántica esté satisfecha y la Arrendataria de las cerillas en auge, no hay por qué hacer caso de los ayes de los contribuyentes.

¿Quién quiere fósforos sin humo? Humo no más son nuestras desdichas: 12 millones de españoles que no saben leer ni escribir; 400.014 fincas embargadas por el Estado por no poder pagar los tributos; 150.000 personas que comen del presupuesto; 100.000 mendigos...

LUIS MOROTE

DE ACTUALIDAD

No está hoy demás reproducir esto que hace unos años se leyó en pleno Congreso de diputados.

SONETO

En tu zaguánito de carnicero dando gato por liebre y porquería, en vez de vaca y buey, llegaste un día á reunir un poco de dinero.

Ya concejal, te hiciste matutero, te tragaste una larga cañería, millares de aduquines, un tranvía, y fuiste millonario y caballero.

Tiempos atrás salían los bandidos con el trabuco á los caminos reales á robar ó morir aperebidos.

Pero en estos, á medias liberales, por el sufragio popular nagidos, los ladrones se han hecho concejales.

Si ese soneto se hubiera escrito hoy, con seguridad que el autor hubiese dedicado un verso, por lo menos, á la manía de regenerarnos que los ha atraído á los señores que venden géneros más ó menos venenosos y que resultan perfectamente retratados en ese soneto.

Igualdad ante la ley

Las circunstancias especialísimas en que nos encontramos los españoles bajo el actual régimen político, imponen una porción de reformas. Una de ellas, la más urgente, es ahora la del Código penal, por lo que se refiere á los artículos en que se marcan las penas y castigos señalados para los delitos de robo.

Desde el momento en que todos unánimemente coinciden en llamar *irregularidades* á los desfalcos que suelen descubrirse en los centros de la Administración pública, y *sisas* á las defraudaciones que en perjuicio del público y del Erario hacen las grandes compañías arrendatarias, suavizando con tales eufemismos la crudeza del calificativo, ¿con qué razón se ha de llamar brutalmente *robo* al hecho de que cualquier infeliz desarraigado se apodere de lo ajeno?

¿Con qué lógica y con qué razón puede justificarse el que una empresa particular, *sisando* al público en el género que expende una cantidad que excede de cinco millones al año, no se le castigue, ni se dé al hecho

el calificativo de *robo*, y se aplique éste y además la pena de presidio al individuo que se apodera de un pan en una tahona ó *apaña* un reloj del bolsillo de un transeúnte?

Hemos convenido hace ya mucho tiempo en que la justicia y la ley deben ser iguales para todos. Precisamente los gobiernos de la monarquía se jactan de ser fieles guardadores de aquéllas y defensores del santo derecho de propiedad. Si es que ahora los gobernantes actuales han reformado sus ideas respecto á este último punto, y creen, como los partidarios de cierta escuela filosófica, que la propiedad es un robo, y que cada individuo tienen el derecho de apoderarse de lo que necesite, entonces hay que suprimir en el acto esas penas y castigos que se marcan en el Código para los que atentan contra la propiedad ajena.

Otro aspecto puede presentar la cuestión. ¿Es delito robar aislada é individualmente, y no lo es hacerlo en colectividad, formando asociaciones?

Pues en este caso ya saben los rateros lo que deben hacer: reunirse, formar un gremio, comparecer ante un notario á formalizar una escritura de *sociedad anónima ó regular colectiva*, consignar sus estatutos, montar las oficinas, y dedicarse después en grande escala al negocio del timo con cartuchos de perdigones, á la extracción de carteras y relojes y demás operaciones propias del *oficio*, con la seguridad de que en esa forma, como la *industria* al por mayor dará rendimientos suficientes para que la Compañía prospere y aún quedará para pagar subvenciones á personajes políticos de influencia, no tendrán tropiezo de ningún género, ni se las tendrán que haber con jueces ni fiscales, ni correrán el peligro que ahora aisladamente corren de ir de vez en cuando alojados forzosamente á la cárcel.

Pongamos un ejemplo para que el supuesto anterior no parezca exagerado.

Si un individuo cualquiera, un *golfo*, que es la menor cantidad de individuo que se puede suponer, entrara furtivamente en un estanco ó se acercara á un puesto ambulante y cogiera un paquete de cajas de cerillas, mil cerillas; ¿qué le sucedería si le atrapara un polizonte y lo llevase al juzgado de guardia? Pues ya se sabe: iría provisionalmente á la cárcel, intervendría el juez instructor, el fiscal, y después del aparato del juicio oral y demás trámites, sería sentenciado á presidio por ladrón.

Si en lugar de ser un individuo, un *golfo*, son muchos individuos, varios *caballeros*, los que *legalmente* constituidos en sociedad le quitan al público que paga, muchísimos paquetes de cajas de cerillas, ONCE MIL MILLONES DE CERILLAS, y un diputado lo denuncia en las Cortes y lo justifica y lo prueba con actas y documentos fidedignos; ¿qué les ocurre á los señores asociados? Pues nada. ¿No es robar, eso es *sisar*. No merece la pena.

Si esto no es tolerar el robo en cuadrilla y castigarlo cuando se ejecuta individualmente, no hay lógica ni razón en el mundo.

Saldrá del paso el gobierno seguramente con la rescisión del contrato de la sociedad de los once millones de cerillas *sisadas*; pero ¿y el Código penal?

Sospechamos que será letra muerta en este caso como lo ha sido en otros análogos. Esto será todo lo que el gobierno quiera llamarlo, menos lo justo y lo equitativo.

Sobre todo, en asuntos de esta índole, debe estar la igualdad ante la ley.

O se alloja la cuerda para todos ó para todos se aprieta.

Y en último caso tenemos derecho á saber cómo y en qué forma se puede robar sin temor á jueces y fiscales, y sin peligro de cárceles y presidios.

JOSÉ CINTORA

Por qué los combato

Discurriendo el señor Labra sobre el empeño que ponen los comerciantes en atacar á los políticos, dice esto, que está muy bien dicho:

«Estando tan encima las cosas y siendo tan cercanos los hechos, no se comprende con facilidad, cómo se puede extender el general anatema contra los políticos por causa de los últimos desastres nacionales, al partido republicano. Ni siquiera se explica que, tratándose de este particular, no se haga una excepción precisa, categórica, solemne, cualesquiera que fuesen el concepto y las simpatías que para otros fines mereciere ese partido.

Porque, aun dejando á un lado lo mucho y bueno que la República del 73 hizo en favor de los esclavos, de las libertades coloniales, de la soberanía y el prestigio de España en el difícilísimo trato con los Estados Unidos, aun ateniéndonos á lo que ha sucedido en estos últimos años, es de todo punto imposible negar, 1.º que los republicanos no han estado en el poder desde 1874, y, por tanto, no les cabe la menor responsabilidad por lo que nuestros gobiernos han hecho desde aquella fecha; y 2.º, que en todo el curso de este laborioso período, los republicanos no han cesado de protestar contra nuestra política colonial é internacional, señalando las terribles eventualidades que el tiempo se ha encargado de ilustrar con todas las negruras y horrores de la catástrofe.

«Por otro lado, tampoco es justo comprender en la misma desagradable censura á

cuantos se ocupan de política. Mi ya larga experiencia en esta campaña, de la cual, en todo caso, podría hablar con aquella perfecta seguridad que me daría la circunstancia de que yo en el curso de mi vida no he cobrado ni un solo real del Estado, ni he recibido honores del mismo, ni desempeñado más cargos que los puramente parlamentarios, por la voluntad del pueblo, en un período de cerca 30 años; mi ya larga experiencia me autoriza para decir que en la política, generalmente, se entra por vocación y entusiasmo; y que en ella, las más de las veces, se persevera por honor y compromiso siendo muchos más los disgustos y las contrariedades que los favores y las alegrías que se cosechan en esas grandes empresas que causan el asombro, la irritación o el entusiasmo del público y que tienen por fin un interés general. Aparte de que siempre queda por averiguar lo que los hombres que han obtenido autoridad y grandes puestos en la política, á costa de grandes sacrificios, por lo general ignorados, habrían conseguido en la industria, el comercio y las demás profesiones, si á ellas hubieran dedicado sus inteligencias y sus demás recursos personales.

¿Pero es lícito formular las críticas incondicionales con que se quiere hacer maldecir de la política y de todos, absolutamente todos los políticos? ¿Pues qué, los demás grupos de españoles, las demás clases sociales, podrían salir airoso si á ellos se aplicase este mismo criterio?

En estos mismos días vuelve á la prensa la noticia de los fraudes que se advierten en los amillaramientos y las declaraciones de la propiedad andaluza. Aparece oculta ó desfigurada más de la mitad; y el hecho es de tal trascendencia, que resulta, que si todos los propietarios andaluces pagaran con cierta regularidad, la cuota contributiva sería del 11 por 100 en lugar del 19 que ahora pagan... los que pagan. Aquí mismo, en Asturias, es notorio que la tercera parte de la propiedad territorial no está registrada, y por eso tienen tan excepcional importancia las informaciones posesorias. En otra parte he dicho, con referencia á datos oficiales, que en toda España no hay más que una persona que hace préstamos al gobierno; y sólo 19 que operan sobre valores mobiliarios, y 488 prestamistas á particulares y 20 contratas de obras y 2.229 casas de huéspedes. Y he afirmado que de los 11.552.000 españoles que deberían pagar la cédula personal, sólo 6.768.000 la pagan; y de éstos, 4.500.000 son personas que no tienen sueldos ni satisfacen ninguna otra contribución, llegando á once las provincias en las cuales no se paga una cédula de primera clase. ¿Necesitaré decir cosa alguna de las Compañías de seguros establecidas en la frontera hispano-francesa para la introducción de mercancías en España, prescindiendo de la aduana y desafiando al carabinero? ¿He de recordar lo que aquí pasaba hace quince años respecto de las harinas extranjeras importadas en la Península y reexportadas á Ultramar, con el sello de producto peninsular, abuso que junto con la ineficaz misificación de las leyes de 1882, sobre el cabotaje hispano colonial y con la denuncia y cese del tratado de comercio con los Estados Unidos, tanto contribuyó á nuestra crisis ultramarina?

Todo esto es bien sabido. ¿Mas por dónde, cómo, ni cuándo, de estos incalificables excesos, cuyo remedio ahora se impone casi tanto como cuantas reformas políticas y económicas se recomiendan para regenerarnos, por dónde, repito, habría nadie de sacar argumentos contra los comerciantes, los industriales, los propietarios y los profesionales, para expulsarlos totalmente del conocimiento y dirección de los negocios públicos, reservados, quizá, por un exclusivismo parecido al que ahora quiere privar á los soldados, al clero ó á los doctores de la Universidad?

Eso es imposible, á más de injusto. No son dadas sentencias de esa generalidad, ni es verosímil que un país que da gente tan responsable como al parecer son todos nuestros políticos, por una contradicción maravillosa, dé excelentes fabricantes, mercaderes sin falta y sacerdotes sin reparo. Todos vivimos del mismo jugo y salimos de la misma tierra, que produce frutos buenos y malos en cada especie y cada género.

La casi totalidad de las críticas y soluciones que ahora forman ó patrocinan la Jiga de Productores y las Cámaras de Comercio son las mismas que los republicanos vienen sosteniendo y recomendando hace más de un cuarto de siglo. ¿Cómo no se dice nada de eso? ¿Cómo se puede pensar que en la hora de la práctica de esas recomendaciones pueda haber superior interés ó mayor competencia que la de aquellos habituados á su trato y defensa, en una larga serie de años, en medio de circunstancias difíciles, y con la inexcusable ventaja de haberse adelantado á todos los demás en su recomendación previniendo los actuales conflictos?

He copiado esto del señor Labra, tan profundamente pensado como cortesmente dicho, porque me ahora el responder á los dos amigos y suscriptores que se me han lamentado de que yo ataque á las Cámaras de Comercio; uno de ellos especialmente, don Segundo Revilla, de Lerma, me envía una carta muy notable, que no publico por no habérmela mandado con ese fin.

El ataque ha partido de ellos, de los que llevan la voz cantante en las Cámaras de Comercio, y para quienes los políticos todos somos iguales; de los que, cual si en este país no hubiera más cuestión á resolver que la económica, sólo se cuidan de lo que particularmente les interesa.

Los republicanos no hemos cumplido

con nuestro deber de republicanos; nadie lo viene censurando con más constancia y dureza que yo; ¿pero vamos por esto á consentir que vengan esos señores, cómplices y auxiliares perpetuos de los gobiernos de la restauración, á confundirnos con los monárquicos que han perdido y deshonrado á España? Que no se vengan con nosotros, si no quieren; ¿pero atacarnos á diario?

Por mi parte, no los ataco porque nos hayan quitado la bandera; si nosotros no la tremolábamos en el combate, á disposición de cualquiera estaba. ¿Pero quitárnosla únicamente para cubrir con ella un arca de fondos? ¡Ah! Seríamos indignos de volver á enarbolarla si lo consintieramos.

Esta es la primera razón que tengo para combatirlos; la otra es esta. Carecen por completo de autoridad para hablar de regeneración, las clases que más directamente han contribuido á la degradación presente, bien con su apoyo al régimen, bien con su silencio. Mientras la restauración ha dictado leyes que les favorecían, aun cuando reventasen al país, tan calladas; cuando les pide dinero, tan alborotadoras. Aquí se han consumado las mayores iniquidades, se han perpetrado crímenes políticos, la inmoralidad ha cundido escandalosamente, los obreros han sido fusilados, los trabajadores han tenido que emigrar...

Y esos caballeros tan morales, tan patriotas, tan puros, no han tenido una palabra de reprobación, no han formulado la protesta más leve! ¿Qué más? Ni aun hoy mismo se atreven á oponerse al predominio de las órdenes religiosas que nos han hecho perder las Colonias, y que todo lo acaparan, y todo lo explotan, y todo lo envilecen.

¿Y se quiere que transijamos con hombres que así obran y que además nos atacan? No, y cien veces no. Para Dulcamaras, con los que había, sobra. Esto no quiere decir que si hicieran algo de provecho, algo que no fuese co-retear, charlar y comer, fuésemos á combatirlos. Pero hasta tanto ¡guerra á esos que nos la hacen!

OTRO CASO

Estamos en Cuenca.

En la tarde del 28 de Febrero, miércoles de Ceniza, á eso de las seis y media, estando abierta y oscura la iglesia de las llamadas *Monjas Peltras*, mientras el sacristán alzaba una lámpara pudo una monja salir desde el claustro al templo y de allí á la calle.

La infeliz, en vez de refugiarse en la casa de unas personas decentes, lo hizo en la de una familia de neos fanáticos y miserables, quienes se apresuraron á dar parte, no á las autoridades civiles, que esto habría sido menos malo, sino al provisor, á cuya casa condujeron engañada á Sor Carmen, que así se llama la monja.

El provisor Hernández Mula, un mozo de historia, mandó que por fuerza la llevaran al convento, sin escuchar desesperadas protestas y súplicas, hechas con abundantes lágrimas.

Al día siguiente de ser encerrada, los vecinos del convento oyeron dentro de éste agudos y prolongados gritos que los aterraron. Hubo corrillos, murmullos de indignación y conatos de acudir á la autoridad, porque los lamentos desgarradores no cesaban; pero se presentó por allí un clérigo, capellán del convento y beneficiado, quien avisó á las monjas, y desde entonces no se han vuelto á oír los gritos. Y hoy toda la ciudad está alarmada, sospechando uno de tantos crímenes como se cometen en los conventos.

En cualquier país donde no se hubiera perdido por completo hasta la más remota noción de la justicia, las autoridades hubieran intervenido en el asunto; en España no. Por eso mismo precisamente.

Y no solamente las autoridades callan, sino que ni la prensa, ni las corporaciones hacen nada; ni siquiera el pueblo se alborota. Tratándose de clericales, no hay opinión, ni leyes, ni derechos, ni garantías.

¿Y del canalaja que denunció á la monja, qué decir? Qué merece ser neo. Entre los salvajes de África hubiese encontrado la infeliz más caridad.

Hay que acabar con esta España del clericalismo, si no queremos morir de vergüenza y asco, ya que no tenemos ni valor para indignarnos.

CINTARAZOS

Del *Heraldo*:

«A 510, es decir, á más de cinco veces su valor, se cotizan las acciones del Banco de España; á 417, es decir, á bastante más de cuatro veces su valor, las acciones de la Tabacalera; el 4 por 100 interior perpetuo rebasa ya el 72 por 100, y si es amortizable llega al 80.»

De nosotros:

«A 5 por 100, y no hay quien lo quiera, se ofrecen los créditos en metálico de los soldados de la pasada guerra de los diez años en Cuba; al 10 por 100, con el mismo resultado, los llamados de conversión; del 25 al 60 por 100, se han adquirido los de esta guerra, y de balde el sobrehaber de la poseta en la Península, etc., etc.»

Y mientras los afortunados accionistas de las poderosas Compañías dichas se reparten como ganancias divididos anuales de 20 ó 25 por 100, y los tenedores de la Deuda cobran religiosamente sus intereses, á los pobres soldados de estas últimas guerras se les ofrece pagar como saldo definitivo de sus créditos el 35 por 100 de éstos, y á los de la pasada, ni se les atiende ni se les paga,

ni el sobrehaber, ni el crédito en metálico por todo su valor, ni menos, y esta es la más negra, la conversión forzosa que se les hizo aceptar del 35 por 100 del capital ó intereses devengados.

Y mientras los primeros, los de los pingües productos se reúnen, se conciertan, forman uniones nacionales y chillan escandalizados contra los nuevos presupuestos para ver la manera de contribuir al fisco con la menor cantidad posible, los segundos pagan religiosamente la contribución de Consumos, aumentan la renta de la Tabacalera, y con más que esquilinados jornales, nada piden de lo suyo y callan, regando á diario con su sudor la tierra Patria, como antes regaron con su sangre la que fué nuestra, ó perecen en la más espantosa miseria en lejanas tierras.

Lo anteriormente copiado es de *El Correo Militar*, á quien me permito recordarle que todo eso ha ocurrido y ocurre por amparar aquéllos que disponen de la fuerza á los que tales infamias ejecutan, lo mismo que á quienes las patrocinan.

¿Que el cura de Elda se mete en todas las cuestiones del pueblo, hasta en las de familia, y que despotice como un héroe desde el púlpito? — ¡Bah! Eso lo hacen todos.

¿Que ahora ha llevado un cura para predicar los sermones de cuaresma, y que lo primero que ha dicho es que todos los que trabajan los días festivos son unos ladrones, porque usurpan el día á Cristo? — ¡Ha hecho bien, ya que su oficio es barbarizar. Lo que no se explica es que nadie vaya á oírle, en un pueblo donde los jornaleros tienen que trabajar 14 ó 16 horas diarias para lograr reunir seis ó ocho reales de jornal, lo bastante para morirse de hambre él y sus familias.

¿Que desdicha tan grande es la ignorancia y que sume á la miseria! Sin esto ¿cómo habrían de burlarse así del pueblo los que viven de su sangre?

EL FRACASO DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

Son muchos los fracasos que ha sufrido el principio religioso en las diferentes épocas de la historia, pero al presente se nos ofrece un hecho que conviene anotar para que se convengan los que quieren conservar la religión, no por ser verdadera, sino por encerrar un principio de disciplina social, que la religión no aprovecha para nada lo mismo á los individuos que á los pueblos.

Los ingleses tienen fama de ser una nación muy devota. Con frecuencia, cuando los que no somos católicos tratamos de combatir el fanatismo religioso de nuestro pueblo, se nos aduce el ejemplo de Inglaterra. En Inglaterra, nos dicen, no son fanáticos, no son siquiera católicos, y, sin embargo, observan con estricto rigorismo las prácticas del culto; allí no trabaja nadie los domingos, y en vez de consagrar éstos á la diversión y al esparcimiento, dedicamos al rezo y á las lecturas piadosas.

Cierto, ciertísimo. Los ingleses tienen una religión muy sencilla y un culto que carece de la ostentación y la pompa del culto romano. Allí las prácticas religiosas se reducen á leer la Biblia los domingos, pero pocos, muy pocos, son los que dejan de cumplir este precepto, y además, procuran imprimir á todos los actos de su vida un sello religioso teniendo siempre á Dios en los labios y citando constantemente ejemplos del antiguo y del nuevo testamento.

Lo que sucede en Inglaterra sucede también en los Estados Unidos. No hemos de negar la superioridad de estas naciones sobre las católicas, como tampoco tenemos inconveniente en reconocer que la religión protestante es la más digna de respeto de todas las religiones conocidas; pero no por eso resulta más eficaz que las otras para impedir, lo mismo las injusticias individuales que las injusticias de los pueblos.

Reciente está la guerra de los Estados Unidos con España. Aquella nación tan religiosa no tuvo inconveniente en provocar una guerra, no para emancipar á Cuba, que Cuba estaba emancipada con la autonomía, sino para apropiársela y apropiarse las demás colonias que nuestra nación se dejó arrebatada.

Hay que advertir que las sesiones de las Cámaras yanquis se abren con el rezo de un sacerdote que pide para los diputados y senadores la inspiración divina. Esta inspiración dió por fruto la guerra y una explotación infame de la propiedad.

Ahora los ingleses quieren apoderarse del Transvaal para explotar las minas de oro que encierra y no vacilan en sacrificar millares de vidas, como no vacilarán en sacrificar mañana la independencia de dos pueblos dignos, con tal de saciar su sed de riquezas y de dominación.

También esta guerra se hace en nombre de Dios, también los sacerdotes ingleses, lo mismo católicos que protestantes, elevan preces al Altísimo para que Inglaterra lleve á cabo su obra infame y criminal.

Y así como cuando vemos á los hombres devotos robar y asesinar preguntamos: ¿para qué sirve la religión?, exclamamos ahora: ¿para qué sirve el Evangelio? Si después de 19 siglos que se enseña á los hombres desde niños los preceptos y los consejos de Jesús, los yanquis ayer y los ingleses hoy sacrifican los hombres con la misma frialdad que si fueran bestias, para explotar y destruir pueblos prescindiendo de esos preceptos y de esos consejos que leen todos los domingos en sus templos ¿no es lógico que consideremos inútiles las lecturas piadosas? ¿no es lógico que afirmemos que la religión, sea la que fuere, no sirve para moralizar á los hombres ni para reformar á las naciones?

Si los incrédulos, ante la guerra hispano-americana ó ante la guerra del Transvaal, hubiéramos visto alguna protesta por parte del elemento religioso de los Estados Unidos ó de Inglaterra; si ante la iniquidad que consumó la primera y que va á consumar la segunda, los sacerdotes, en vez de elevar preces por el triunfo exigieran la paz, y de todas las iglesias del orbe saliera un rumor de protesta que obligara á los hombres de Estado á ceder en sus planes ambiciosos y en sus proyectos de bandidaje, nosotros exclamaríamos: «la religión podrá no ser verdadera, pero es eficaz, es un freno contra las malas pasiones y conviene conservarla»; pero ¡ay! en vez de freno se ha convertido en bandera protectora que cubre la nave pirata, y los flees van al templo á pedir á Dios que les favorezca en sus empresas infames, mientras los sacerdotes bendicen las tropas que van á sembrar la muerte y la desolación invocando al Dios de las victorias.

La obra de Constantino está acabada. En tiempos de este emperador romano comenzó á desnaturalizarse la religión cristiana. Como la predicó Jesús, como la practicaron los primeros mártires hubiera resultado una obra de redención y de progreso social, pero esto no convenía á los ricos y á los poderosos, y desde el siglo III se inició la obra de constituir una religión cristiana que fuera todo lo contrario de lo que Cristo enseñó. La obra, repetimos, está terminada. Los pueblos que se dicen los más cristianos del orbe avasallan por la fuerza á los pueblos débiles con más brutalidad y con más cinismo que pudieran hacerlo aquellas legiones que adoraban á Júpiter y á Marte. El mismo emperador de Alemania, otro cristiano exaltado, que se preocupa mucho de que sus súbditos sean religiosos, ha opuesto á las palabras de Cristo llamando hermanos á todos los hombres que pueblan la tierra sin distinción de nacionalidades ni de razas, esta frase célebre que pasará á la historia: «Para mí la humanidad termina en los Vostros».

¿Qué diferencia hay entre un emperador como Guillermo, un presidente como Mac Kinley ó un hombre como Chamberlain y cualquiera de los emperadores romanos que sujetaron á su dominio las naciones del mundo antiguo?

Ninguna, absolutamente ninguna. La fuerza como principio de gobierno y fundamento del poder; la lucha, más brutal ahora que en la ligadura que con las catapultas; la sujeción incondicional de los vencidos como base de la paz. El cuadro es el mismo; no hemos progresado nada en diecinueve siglos de cristianismo. No hay más diferencia que antes en los altares adoraban á Marte, á Neptuno y á Vulcano, y ahora se reza al Padre, al Hijo ó al Espíritu Santo. La forma ha cambiado; el fondo no.

El fracaso de la religión cristiana no puede ser más palpable.

GAZALIA

Un cura de Buenos Aires, Ceferino Pérez, ha violado á una niña de pocos años. Algunos días después intentó repetir la suerte con una hermana de su primera víctima, pero no pudo lograrlo.

Cada noticia de estas me pone triste, porque me quita la esperanza, durante años acariciada, de conseguir moralizar al clero.

Súplico, por lo tanto, á los señores sacerdotes que sean buenos, para evitarme atroces disgustos, ya que por su bien se interesa.

Si les pidiese dinero, comprendería que no me complacieren; pero pidiéndome únicamente virtudes, ¿qué les cuesta el tenerme contento?

IMEBUSTEROSI

Dice todo compungido y lloroso un periódico jesuitico:

«Estamos atravesando un período de decadencia religiosa espantoso y horrible; contrasta el ánimo más esforzado y valiente los hechos verdaderamente inauditos, llevados á cabo por esos corifeos de la masonería, por esos maquiavelos de la libertad tan decantada y tan mal entendida, puesto que tanto se distancia de la verdadera...»

Desmoralización completa, libertad grossera é impúdica que se refleja en esos inmundos papeluchos que se leen con avidez, y en esos cuadros pornográficos que se exhiben constantemente.

Socialismo irreligioso, que es el que impele en el corazón del pueblo que ayer fué cristiano y hoy es ateo.

Revoluciones contra la religión, y lo que es más todavía, revoluciones contra Dios, puesto que rebelarse contra Dios es declararse abiertamente contra los dogmas y contra sus ministros...

Ya sé, ya sé que todo esto se escribe con el exclusivo propósito de que los lilas suelten los cuartos.

Poro, francamente, ni aun esto justifica el empleo de tan burdas mentiras. Hay que fingir algún pudor cuando no se tiene, para no quedar tan absolutamente al descubierto.

Si hay papeluchos, son clericales; si la pornografía abunda, á ellos se debe... Así, á callar y á timar, señores jesuitas. Pero guardad algún respeto al noveno mandamiento.

En la Cámara de Comercio de Valladolid reunióse el día 8 la unión gremial, acordando el inmediato pago de la contribución.

Para este viaje, no se necesitaban alforjas. Como únicamente podían haber pertu-

bado los comerciantes, era negándose á pagar.

¿Pagan? Luego ha concluido su misión en la tierra; la misión á que se han creído llamados últimamente.

Sigan, pues, tranquilamente con la otra; la de comprar barato, vender caro, mermar en el peso, sisar en la medida, y apoyar al que mande para que no se meta con ellos Zapateros ¡á vuestras zapatos!

ESPEJO EN QUE MIRARSE

De una de las inimitables crónicas de Bonafoux:

«Mientras se cuentan por centenares los obreros que han perecido de hambre este invierno, los padres asuncionistas echan llave al cerrojo del cofre donde guardan millones de francos; otros reverendos hacen pingües fortunas vendiendo quesos «fabricados por prostitutas arrepentidas, cuyas costumbres de minuciosa limpieza serán apreciadas por el consumidor»; otros venden «paños menores para cocottes, bordados por las huérfanas de los conventos»; y la *Croix* del 2 de Enero anunció un *Remedio de los Padres Trapenses contra las hernias*, y

MILULES DE SAINT-ANTOINE

DE FAZOUÉ

AU MIEL PUR

EXIGER LE NOM ET L'IMAGE DU SAINT

He aquí el balance de la República francesa á fin de siglo: frailes cebones, obreros en el arroyo, ancianos muertos de hambre, criaturas deformadas físicamente por falta de alimentación. ¡Horrible!

Y tan horrible. Mas por ahí le vendrá la muerte á la república, si no reacciona pronto.

Mírense en ese espejo los republicanos que en España hacen mimos á la Iglesia, creyendo dar con esto prueba de hábiles políticos.

Tratándose de la Iglesia, ó con ella, ó contra ella. Lo demás es cumplimiento estúpido.

Nocedal (don Cándido) puso á su periódico una orla negra, diciendo que lo había en señal de luto por la pérdida del poder temporal y que no quitaría la orla hasta que el Papa lo recobrase.

La orla desapareció en 1897. ¿Había recobrado el Papa sus estados? No. ¿Es que ya no era cosa de sentirlo y de expresar el sentimiento con luto? ¿Se quería dar á entender disgusto y desabrimiento con el Papa? ¿Qué motivo tendría Nocedal, (Ramón) para faltar á la palabra que dió su padre á los lectores? ¿El ridículo de un luto larguísimo? La convicción de que el poder temporal acabó para siempre? La economía de fletes?

Todo eso á la vez. ¿Para qué la careta, cuando ya carecen todos al namarracho?

Ese difusor de liberales sólo hace tonterías mientras le producen.

ASNOS REZADORES

En la página 48 del *Boletín Salesiano* de Febrero, viene lo siguiente:

«Gloria á María»

Estando en vísperas de los exámenes para el grado de bachiller tres compañeros míos y el que suscribe, y no estando lo suficientemente preparados para presentarnos, pues nos dieron tan sólo una semana para hacerlo, siendo 16 las asignaturas que debíamos repasar, acudimos á tan acaudalado como la Virgen auxiliadora, prometiendo publicar la gracia en el *Boletín Salesiano*, si nos concedía el salir bien de dichos exámenes.

El habiendo sido oída nuestra súplica cumplimos nuestra promesa, haciendo pública esta gracia en el *Boletín* para honra de la Virgen Auxiliadora, y para que los que se encuentren en trance tan apurado como el nuestro, acudan á Ella con fe y confianza, esperando que alcanzarán lo que pidan. — *Mariano Lalapio*

¿Y que haya quien piense en reformar la enseñanza, y se preocupe de programas y de libros de texto!

Ganas de perder el tiempo. Con hacer lo que ese animal que firma, y los otros tres de su especie, cuestión resuelta.

¿Que se acercan los exámenes y no se sabe una jota? Pues una salve á la Virgen, y á echarse á dormir. Y el día de los exámenes, á cargar con todos los sobresalientes que tenga almacenados el tribunal.

Y desde allí, á casa de un talabartero á proveerse de albarda y jáquima.

Y arre *pa* la cuadra, rebuznando ó rezando. ¡A elegir.

¿Y se habla de regeneración en un país que produce tales clericales!

LOS NEUTROS

Después de la tragedia, el sainete; después de los politicastro restauradores, los neutros, ó hermafroditas, como les llama un mi amigo.

Comparsa reclutada en las trastien-das, preséntase la titulada masa neutra tremolando banderín de enganche para reclutar carlistas, republicanos, monárquicos constitucionales, socialistas, blancos y negros, pardos y colorados, altos y bajos, gordos y flacos, y formar inmenso pelotón de gatos encerrados; para que, con la mayor paz, amor y tranquilidad, discutan los medios más adecuados para regenerar el país.

¿Que quienes son los neutros? Pues unos caballeros que por espacio de veinticinco años no hicieron otra cosa que comprar barato para vender caro, explo-

tar al género humano con sus endiabladas maquinaciones, hablar mal de los políticos y apoyar en todas las elecciones a los grandes caciques que en pago hacían la vista gorda a sus trapacerías, especulaciones de riqueza y demás *negocios* que perjudicaban los ingresos del Tesoro; ponerse de acuerdo con los empleados del fisco para verificar tapujos indecentes; sobornar y ayudar en la tarea corruptora de las conciencias a los Carras, Sagastas y demás sostenedores del *orden social*; reventar a los obreros en sus campos, fábricas y establecimientos, inspirados por su Dios, que es el céntimo; por su conciencia, que es su panza.

No protestaron cuando vieron la marcha política y administrativa de fusionistas y conservadores que incubaban las insurrecciones coloniales; no pidieron la autonomía para Cuba y la expulsión de los frailes de Filipinas para apaciguar los odios de los insulares; no protestaron de las guerras, sino que guerras pedían sentando plaza de *martirios*, pero no de soldados, jaleando a los hijos del proletariado, excitándoles a la matanza y regalándoles paquetes de cigarrillos y raciones de música cancanesca para que fuesen a defender aquellos mercados que explotaban; no se indignaron de las infamias cometidas en Montjuich, que deshonraron a España, sino que aplaudían a los verdugos; no dieron jamás muestra de poseer sentimientos humanitarios, ni amor a la patria, ni ideales altruistas, y hoy que ven en peligro sus ingresos metálicos y notan que la tributación correspondiente aumentará en algunos céntimos, gritan, chillan, se agitan, celebran Asambleas que ponen bajo la protección de la Virgen (¡pobre Virgen!), hablan de economías, de moralidad, de reformas, de regeneración, y llaman a todas las clases sociales para salvar a España.

¿Es esto serio?

Mejores y más dignos programas ofrecían los republicanos a esos egoístas en los días de prueba, cuando aún se podía haber conjurado el peligro, y se hicieron los sordos no escuchando más que el sonido del dinero que producían los negocios del presente dejando venir lo futuro con la impasibilidad de los imbéciles; no se acordaron de la patria deshonrada, del pueblo desahogado hasta que presintieron que el mal podía alcanzarse.

Hoy llaman al pueblo, mas el pueblo juzga los hechos pasados y los compara con las palabras presentes.

Además, ¿qué confianza pueden inspirar al pueblo unos hombres que huelen a reaccionarios, que ponen sus proyectos bajo la protección de la *Pilarica*, y que en las economías de su plan ó cienpiés administrativo no se toca al crecido presupuesto del clero?

¿Qué confianza pueden inspirar al pueblo, componetado hoy por los modernos ideales, hombres que desean reyes absolutos, mezclados con otros que se titulan republicanos, ó no saben lo que son, ni lo que quieren, ni lo que piensan? ¿Qué confianza puede inspirar a nadie ese brodio ó cataplasma *nacional* formada por los neutros? Yo creo que los neutros, en vez de meterse a regenerar el país, deberían empezar por regenerarse a sí propios, y dejarse de dar representaciones teatrales como los cómicos de la legua: ni los gobiernos los atienden, ni el pueblo trabajador les hace caso.

IGNACIO RODRIGUEZ ABARRATEGUI

Y la bendición apostólica

Bien que el hombre lo mereciese por sus virtudes — que no es ahora ocasión de discutirlo — ya que el hijo desahogado en su entierro por la familia hubiese franqueado la abertura de la puerta, lo cierto es que cuando don Cornelio murió, sin hacer escala en el sitio alguno entró como por su casa en el cielo.

Ya dentro, el buen señor no se preocupó más que de una cosa: costase lo que costase, quería saber qué era lo que había sucedido después de su muerte, á qué hora lo habían enterrado, si todo lo habían hecho con pompa y en qué forma se había redactado la escueta mortuoria.

—Eso es sencillito— le indicó otro bienaventurado á quien don Cornelio manifestaba confidencialmente sus deseos:—fácilmente puede enterarse. Pida usted el diario de aquella fecha.

—¿También lo tienen aquí?

—¡Vaya! Aquí lo tenemos todo.

Don Cornelio lo pidió y, ya lo creo, en se guida se lo entregaron.

La escueta fúnebre era tal como él se la había imaginado, de plana entera. Su nombre estaba escrito en letras gruesas, negras, que podían leerse á la distancia de dos kilómetros. Debajo del nombre había un *Ha fallecido!* capaz de enternecer las piedras y á continuación de una línea que decía así: «Habiendo recibido los santos sacramentos y la bendición apostólica.»

¡Hola, hola!... ¿Qué significaba aquello? Lo de los santos sacramentos no le ofrecía duda alguna. Pero aquel aditamento de la

bendición apostólica... ¿qué representaba, que quería decir?

Don Cornelio corrió á consultarlo con el mismo bienaventurado que tan acertadamente le encaminó en el asunto del diario.

—Escuche usted—le dijo, colocándole delante de los ojos la página del periódico que contenía su escueta:—hágame el favor de indicarme qué significan esas palabras.

—¿Cuáles?

—Lea usted... Y la bendición apostólica.

¿Qué quiere decir esto?

—¿Cómo! ¿No sabe usted eso? Quiere decir la bendición del Papa.

El pobre don Cornelio abrió unos ojos como dos puertas cocheras.

—¿Del Papa de Roma?

—Sí, señor. ¿Acaso hay algún otro?

—Pero... ¿el papa me ha bendecido?

—Seguramente; bien claro lo dice la escueta.

El infeliz no podía darse cuenta del suceso. ¡Bendecido á él, el más humilde y modesto de los mortales, todo un santo padre, la figura más grande de la Iglesia, el jefe, el cabeza visible de la cristiandad! ¿Cómo se habría arreglado su familia para obtener una gracia tan extraordinaria? ¿A qué influencia habría acudido?

Y el pobre hombre, aquel día y el otro y varios más, no hacía sino pasear por todos los ámbitos del cielo, muy satisfecho de haber sido objeto de tan alta distinción. Los santos no le hacían caso ni lo escuchaban siquiera.

Cuatro días hacía que don Cornelio paseaba por la gloria el famoso periódico, cuando la corte celestial se vió sorprendida de repente por un suceso extraordinario. El papa había muerto y acababa de llegar.

Todos acudieron al patio de entrada para verle y felicitarle. ¡Un papa en el cielo!... Es una cosa que no acontece todos los días.

Concluidos los saludos y presentaciones de rúbrica, don Cornelio aprovechó la ocasión de acercarse al recién venido.

—Tengo el gusto de besarle los pies—le dijo con el acento más meloso del mundo.

El papa le contestó con una ligera inclinación de cabeza.

Don Cornelio volvió inmediatamente á la carga.

—Supongo que usted debe conocerme...

—Hombre, si he de ser franco...

—¡Ah! ¿no? Cornelio Calafate, que falleció hará cuatro ó cinco días...

—¡Ah!

—Sí, señor. Y vengo á darle las gracias por su excesiva bondad.

—Bondad excesiva!... No atino...

—No!... Vea usted.

Y al decir esto, le dio á leer el periódico.

—¿Qué ve usted aquí?

—Una escueta mortuoria.

—Es la mía. Y lo que le agradezco es la bendición que se dignó concederme.

—¿Quién? ¿Yo!

—Sí, hombre, mire usted... Y la bendición apostólica.

Perfectamente. ¿Es decir, que yo bendije!...

—Pues, hijo, confieso que no sabía una palabra.

—¿Esta sí que es buena!... ¿Bendice y no lo sabe? ¿Quién entiende esto?

—¿Quién? Cualquiera que sepa que estas bendiciones apostólicas se despachan en las oficinas de los obispos á cien pesetas cada una.

A. M.

CAUSAS Y EFECTOS

«La desesperación en que está el clero inferior es grande; su situación malísima, sin pan, sin honor, sin representación, sin esperanza de mejoría. Mal tratado, amenazado, vejado, inseguro en sus mezquinas posiciones, acorralado en la secretaría, defraudado en sus legítimos intereses, castigado con una crueldad inaudita á la menor falta, mientras los Anaya y los Podadera ostentan sus vicios, se teme que un día concluya tanta paciencia.

Sólo en Madrid hay 30 clérigos suspensos, entre ellos los dos que fueron pajes del obispo Izquierdo y otros 30 que viven á lo seglar, habiendo dejado el ministerio por no poder sufrir la tiranía episcopal. En el resto de España se cuentan por centenares, y crece la miseria, crece la desconfianza y el descontento...»

Esto, que leo en un colega, tiene explicación cumplida en esto otro:

El secretario del obispo, Alcolea, es canónigo, secretario y rector del Seminario.

El deán es delegado de capellanías.

Los canónigos Rfo y Loreno son mayordomo y secretario particular respectivamente, del obispo.

Los canónigos Pérez Juana, Estecha, Zufianed y otro que no recordamos, son también capellanes respectivamente de las Recogidas, las Comendadoras y el Hospital de Incurables.

Los canónigos Cadena y Palau, son provisor el uno y fiscal el otro.

Un auditor de la Rota, Menéndez, es también capellán de morjas.

Dos párrocos de Madrid son predicadores de una hermandad.

Un capellán de San Francisco, lo es también de Palacio.

Otro auditor de la Rota, es capellán de honor, de los que cubran.

Y de treinta y ocho sacerdotes que componen el coro de la Catedral, sólo unos seis no tienen destino además de la canonía ó el beneficio.

Vienen después bastantes panaguados del secretario, del obispo, de los mandones de la diócesis, que también acumulan varios destinos. Uno de ellos, el que vive con Torres Asenjo, tiene la capellanía de las monjas del Sacramento, un destino en la Vicaría y otro ilusorio en la biblioteca, también imaginaria, del palacio episcopal.

En pocas parroquias é iglesias no hay algún vivo que ha sabido agenciarse dos destinos en vez de uno. Así abunda tanto el clero miserable.

Por si esto era poco, vienen los frailes y arrebatan al clero alto y bajo, pues de ambos son igualmente enemigos, los entierros, misas, exequias, capellanías de oratorio particular, rectorías como las de San Fermín, San Ignacio, el Espíritu Santo y otras, y también mandas piadosas, donativos, limosnas, crédito, honor, influencia, en una palabra, la vida entera ¡y de qué modo!

El clérigo encopetado puede resistir, pero el clérigo pobre á quien si le quitan diez reales, lo matan, no puede ya con esa competencia, y su mal va llegando á los límites de la desesperación, latente, pero terrible.

¿Qué esperanza le queda? Ninguna. Cuanto más la reacción avanza, más terreno va perdiendo el cura para que lo gane el fraile.

Lo dicho anteriormente prueba que en la Iglesia no andan la equidad y la justicia muy bien de salud, y que mientras unos mascan á dos carrillos, hay desdichados que no mueven á diario las mandíbulas.

De lo cual me alegro, porque así, cuando se pone á curas de tanto valer como Ferrándiz, Sarmiento y Martínón en la disyuntiva de servir á la causa de la libertad y la justicia, ó á la de la injusticia y la mentira, optan por lo primero, y se arma el cisco que actualmente hay armado.

El cual redundaba en beneficio de la campaña que El Motín viene sosteniendo desde el día de su fundación.

¡Y venga tela!

El conde de Romanones ha dado otra arremetida en el Congreso á los jesuitas con motivo de la cuestión de enseñanza. Hasta ahora, que yo sepa al menos, no ha protestado la minoría republicana contra ese acto del conde de Romanones.

SOLIDARIDAD

El papel en que escribo estos renglones, y la pluma, y la tinta y el tintero, representan la vida y el trabajo de muchos hombres y de varios pueblos.

Mis colaboradores son los siglos; ni yo ni nadie escribiría sin ellos, porque los hombres somos solidarios sin distinción de razas ni de tiempos.

Lo que yo escribo en fatigada prosa ó en desigual y atropellado verso, no lo escribiría sin aquel fenicio que para mí compuso el alfabeto.

Como tampoco se escribiría nunca lo mediano, lo malo ni lo bueno, sin el trabajo de los labradores, sin el santo sudor de los mineros.

Tienen parte en mis obras fugitivas y en las obras de sabios y maestros, el fabricante de papel barato y el que las plumas inventó de acero.

Los químicos también, que de la tinta la fórmula encontraron y nos dieron, y artesanos de todos los oficios, y marinos, doctores, cocineros...

Sí, cocineros; porque sin las salsas que dan jugo y vigor á mi cerebro, de poco me servirían ni la pluma, ni el papel, ni la tinta, ni el tintero.

¡Pero cómo extrañar que me auxilien los artesanos de ambos hemisferios, los que arrancan el hierro de la mina, los que impulsan las artes y el comercio, si lo hacen esos astros infinitos que en lo más hondo del abismo etéreo dibujan trayectorias ajustadas á las leyes eternas de... Kepler!

La luna en las moléculas influye de este globo macizo en que nacemos, y por lo tanto en nuestros organismos, y por lo mismo en nuestros pensamientos.

Como los hombres somos solidarios, igualmente lo son mundos sidercos que ejercen un influjo poderoso en nuestro mundo, y nuestro mundo en ellos.

¿Qué importan las distancias? ¿qué los siglos? ¿Qué los abismos de la mar y el cielo? ¿No existe la atracción entre los mundos? ¿No se extiende á las almas y á los cuerpos?

El magnate depende del artista, depende el pensador del cocinero, y los astros sin fin, unos de otros en esa infinitud del firmamento.

¿Y aún hay guerra de clase entre los hombres? ¿Y aún se lanzan los hombres al degüello, siendo todos los seres solidarios en la inmensa extensión del Universo?...

NICOLÁS ESTÉVEZ

«Un Estado regido por grandes delinquentes, carece de autoridad para castigar á los delinquentes chicos. Pues no existe la ley, seamos iguales todos delante de la impunidad. La abolición del Código penal es sin duda medida grave, pero que se impone en estas circunstancias como precepto de equidad...»

Con permiso del ilustre pensador Alfredo Calderón, que es quien tal dice, me opongo resueltamente á la abolición del Código. Quiero tener el gusto de volver algún día todos sus artículos sobre los que han venido utilizándolo para cometer injusticias.

Rehabilitar al Código; esto es lo que debemos pedir, no suprimirlo. Que él mismo se admire de verse en absoluto sirviendo los intereses de la justicia, respetable señora con quien tan pocas veces se halla hoy de acuerdo.

Devoción y bacalao

¿Qué caida tan espantosa la de una religión que empieza en la muerte de un Dios y acaba en medio kilo de bacalao!

En el Calvario se conoció que moría Jesucristo en quo el sol se oscureció, los muertos salieron de sus sepulcros y el mar salvó sus murallas de granito y levantó sus montañas de espuma hasta las nubes; en el mundo se conoce que muere Dios en que los pescaderos no tienen manos bastantes para despachar peces y los tenderos de ultramarinos para vender bacalao.

¿Se acerca la Semana Santa? Están de enhorabuena los bueyes y los gansos, nadie atentará á su vida; las merluzas y el bacalao son los dueños del mundo.

Un médico, al hacer la autopsia, podría pronunciar muy bien estas palabras: «Se trata de un cristiano y en tiempo cercano á la semana santa, pues en su estómago no se ha encontrado más que bacalao.»

A la Virgen y á los Apóstoles no se les ocurrió este razonamiento: «¿Han prendido, maltratado y muerto á nuestro maestro? En señal de duelo vamos á comer bacalao.»

Las lágrimas por la muerte de Jesús son incompatibles con las chuletas de ternera; quien se conmueve al ver la sangre que se vierte en la cruz, instintivamente y sin que nadie se lo diga debe buscar sardinas, pescadillas, y, sobre todo, bacalao.

El clericalismo, siempre grande en sus pensamientos y en sus prácticas, ha creído que la escena del Golgotha no estaba completa. Allí hubo un hombre Dios, muriendo como un valiente; una madre sintiendo la pena que sienten las madres cuando ven morir á sus hijos; una pecadora á quien se había perdonado mucho porque mucho también había amado; á unos discípulos fieles que hasta la muerte seguían á su maestro; Todo esto es simpático, poético, grande, pero le faltaba un detalle, el bacalao, y ya lo tiene. Ahora, á la idea de la muerte de Cristo en la Cruz, va unida indisolublemente la idea del bacalao y el potaje de espinacas.

Los hombres sienten á veces vehementes impulsos de quedarse con lo primero y dejar lo segundo; es decir, venerar la cruz y no comer bacalao; aceptar el Calvario y rechazar el potaje y las espinacas. Vano empeño. Al Calvario no se puede subir á llorar y pedir misericordia sino sufriendo la digestión laboriosa de las sardinas y el bacalao.

Los judíos fueron malditos por el crimen de haber dado muerte á Dios; los cristianos lo son por el de haberse comido una chuleta en tiempo santo. ¡Qué horror! ¡Estar ardiendo eternamente en el infierno por haber comido un filete!

Becquer decía: «Por una mirada un mundo.» El clericalismo: «Por un filete el infierno.»

Dícese, y créese en general, que los quebrantamientos del sexto precepto del decálogo son los que condenan á un mayor número de hombres. No lo creo. Más gentes han condenado y condenan el jamón en dulce y el pavo trufado.

Cuando yo veo por este tiempo una ternera y advierto sus costillas que debajo de la piel se dibujan, siento un terror pánico. «Cada una de esas costillas, pienso, cada una de esas costillas es una sentencia de fuego eterno para el que se atreve, y siempre habrá alguno que se atreve, á gustarla y digerirla en viernes!»

Estar en el infierno como Isabel de Inglaterra por haber reinado, dominado y gozado durante cuarenta años, puede pasar; estar por haber comido un cuarterón de solomillo ha de ser una cosa insoportable.

Y hay aquí algo que es para poner admiración y espanto aun en los más inconmovibles, y es que Jesucristo y sus apóstoles en Semana Santa, en Jueves Santo, cenaron un magnífico cordero como si fueran vulgares librepensadores.

Se me dirá que tendrían bula; pero contesto que no hay bula que yo sepa, exceptuando la de Meco, que autorice á comer cordero en Jueves Santo; y, además, no es creíble que el fundador de una Iglesia y supremo legislador en ella, empiece por quebrantar una ley para luego hacerla cumplir á todos los demás.

Cordero, sí, señor, cordero cenaron los apóstoles en Jueves Santo y día de su ordenación de sacerdotes.

¿Qué significa esto? ¿Será acaso que toda la grandeza del Calvario se ha perdido y no quedan más que verdaderas ridiculeces puestas y establecidas por los curas? ¿Consistirá en que éstos, en su atan de prostituir la religión para explotar á los pueblos, han llegado á hacer que Jesucristo y sus apóstoles sean malos cristianos y malos católicos?

Esta ley del pescado tiene además un carácter marcadamente anticristiano, toda vez que viene á favorecer á los ricos con grave detrimento de los pobres.

Comerás pescado; y vienen para los ricos las rosadas langostas, delicados salmones, sabrosas ostras, blancas merluzas y feos calamarsos; hermanáse la leche con el merengue y los huevos para formar riquísimos platos de dulce, que delician y nutren al mismo tiempo; corren los vinos hechos *ad hoc*, que tornan más sabroso y hacen digerir perfectamente el pescado, y el día de vigilia se convierte en un día de gula y de banquete.

Tiene el pobre que desprendirse de su tabla de salvación, el cocido. Y ¡qué comemos! se dice en las casas de los pobres que son católicos. No hay más salvación que el bacalao. Pero éste, dicho sea con todos los respetos que merece el noble pueblo de Escocia ó el no menos noble de Noruega, es algo que llena un espacio y no tiene substancia; tiene sabor y no alimenta; se masca y hay sus dificultades para tragarlo; se deglute y las hay más serias aún para digerirlo. Le pasa algo parecido á lo que sucede con los obispos.

El bacalao cuesta un triunfo tragarlo y luego no alimenta. Con los obispos sucede que cuesta mucho llegar á ellos y luego se indignan.

Pues bien, el rico va á pasear el día de vigilia con el color más sonrosado y la mirada más brillante, porque ha comido y bebido mejor; el pobre... Yo he visto pobres trabajadores, fanatizados por algún cura, caer desmayados por falta de alimento so-

bre las virtudes del taller ó el yeso de la obra.

Aun en la gente que no trabaja tiene consecuencias funestas el reinado de la vigilia y el ayuno. ¡No reunáis nunca en una iglesia una muchedumbre de viejas y viejos alimentados con judías! No los reunáis, y si los reunís, no entréis en aquel local para nada. Allí el sermón, el rosario, la meditación, todo se hará como se celebraron las Cortes de Cádiz.

¿Qué cosas tan sublimes y qué cosas tan estúpidas y tan pequeñas!

El mundo actual es imposible que vea nunca grandezas en el Calvario. Ve la cruz con una bacalada colgando de cada brazo.

Mira á la Virgen y descubre á su lado un pescadero.

Oye los gritos de los judíos y le parece que son los de los pobres carniceros arruinados por la sardina mística.

Piensa en el sacrificio cristiano y se le ocurre que el modelo perfecto del católico en Cuaresma es... el gato que, por su gusto, comerá de vigilia toda su vida.

En una palabra: el bacalao empujea á la cruz, ó la cruz honra demasiado al bacalao.

GIL BLAS DE SANTALLANA

Leo en un colega:

«Intoxicados: Los médicos de la Casa de Socorro correspondiente auxiliaron anoche á una familia compuesta de cinco individuos que presentaban síntomas de intoxicación, á consecuencia de haber comido bacalao en malas condiciones.»

Con seguridad que el expendedor del bacalao pertenece á la Unión Nacional que va á regenerarnos y moralizarnos.

¿Y qué no le hacía yo comer bacalao del que vende, á ese regenerador con vista al asesinato!

EL DESCANSO DOMINICAL

El descanso en los días festivos debe ser á voluntad del trabajador, no como imposición; y de hacerle descansar á la fuerza, debe ser pagándole su jornal como si trabajara.

Aquí en España, donde además de los domingos hay infinidad de días festivos, y el jornalero apenas gana para el sustento del día, es condenarlo á morir de hambre obligarle á descansar los domingos y fiestas de guardar.

Pienso y descanso se da á los animales que nos ayudan, ya en las labores del campo, ya en los transportes; y algo más que bestias entendemos que son los trabajadores.

Sueldo y descanso se da á los servidores del Estado; cobran el mismo sueldo en los días de fiesta que en los laborales. Y cuenta que los servidores del Estado descansan algo más que en los días festivos. Descansan en los de gala, piden y logran licencias, y algunos tienen largas vacaciones: los magistrados, de 15 de Julio á 15 de Septiembre; los profesores, de Julio á Octubre, además de las de Diciembre, y otras de duración más corta. Poco más de 160 lecciones dan al año los catedráticos de nuestras Universidades á Institutos. Descansan todos y cobran.

¿Qué razón hay para que en los días festivos no cobren los jornaleros? Puedo medio cohonestarse que no cobren cuando pueden tomar ó dejar el trabajo; no es cohonestable en manera alguna cuando el descanso es forzoso. Lo es menos cuando se le hacen obligatorios en otros días que los domingos.

Es feliz el obrero, que, trabajando con muy escasas interrupciones, consigue cubrir sus necesidades y las de su familia sin apelar al crédito; obligarle á numerosos descansos, es, no servirle, sino matarle.

(La Bomba).

EL OBRERO

—¿Qué cree usted que es el obrero?—pregunté en cierta ocasión á un *crítico* de malicia, socialista furibundo, según él, y hombre bien experimentado en las cosas del mundo, merced á su espíritu observador y á los sesenta y pico años que había atravesado.

—Un animal inferior á casi todos los demás animales—me contestó tranquilamente, y con esa especie de placer que se siente, cuando con argumentos irrefutables se puede demostrar la veracidad de lo que se dice.

—Pero... ¿cómo?—pregunté sin poder descifrar el significado de aquellas palabras.

—Comprendo tu extrañeza, natural en un joven que apenas ha cumplido los 18 años, pero en pocas palabras te demostraré que tengo razón en lo que digo.

Y sin aguardar mi opinión, comenzó á disiparme sus argumentos.

—¿Para qué nos sirven el corcel brioso, el buey trabajador ó la lechera vaca? Para que, mediante su misera comida, nos proporcionen manjar excelente, ó para aprovecharnos de su trabajo, ó para explotarlos.

—Aceptado—exclamé, por decir algo.

—Pues un papel idéntico, sin añadiduras ni modificaciones, desempeña nuestro obrero en la sociedad. Mediante el misero jornal de 6 ó 7 reales diarios, que apenas alcanza para su alimento, tenemos el derecho de hacer con él lo mismo que haríamos con el más insignificante ser irracional. Exigimos la

«Pero ¿queréis todavía más? ¿Queréis

Un ingeniero, don Castor Ami, publica un notable artículo en *La Correspondencia de España*, sobre cómo andamos de higiene en Madrid, exhibiendo á la vez un cuadro de la mortalidad por cada 1.000 habitantes en diversas capitales de Europa. El cuadro es este:

Un ingeniero, don Gastor Ami, publica un notable artículo en *La Correspondencia de España*, sobre cómo andamos de higiene en Madrid, exhibiendo a la vez un cuadro de la mortalidad por cada 1.000 habitantes en diversas capitales de Europa. El cuadro es este:

«Sus patios son irregulares, desigualmen-

No hago consideraciones de ninguna clase, porque el lector se las habrá formado al ir leyendo lo que ocurre en esa Inquisición que explota el P. Menni y que tantos miles de duras produce á los

No hago consideraciones de ninguna clase, porque el lector se las habrá formado al ir leyendo lo que ocurre en esa Inquisición que explota el P. Menni y en tantos miles de otros prisioneros 4 los

hacer que caminemos todos a nuestro fin en gran velocidad?

El pulmón.—Yo no fui a esos sitios por mi gusto. Usted me llevó a ellos.

El cerebro.—No es verdad; ciertos especímenes nada tienen de agradables para la inteligencia.

El estómago.—Ciertamente; sólo se trataba de agradar á los ojos, que tienen un gusto depravado.

respirado aire mefitico en los cafés y en los teatros de última categoría...

El pulmón.—Yo no fui a esos sitios por mi gusto. Usted me llevó á ellos.

El cerebro.—No es verdad; ciertos espectáculos nada tienen de agradables para la inteligencia.

El estómago.—Ciertamente; sólo se trataba de agradar á los ojos, que tienen un gusto depravado.

El cerebro.—Si alcanzáramos la dicha de vol-

cial no se ocupa a diario de esas pequeñas de los pequeños, al que le pillan un paréntesis de ama, ó tiene que chupar heroicamente dos horas para sacar un dedito de leche de una teta á la que se encen con derecho cinco ó seis colegas, á ese no le sale la cuenta, y se ve

cial no se ocupa á diario de esas pequeñas de los pequeños, al quo le pilla un paréntesis de ama, ó tiene que chupar heroicamente dos horas para sacar un dedal de leche de una teta á la que se creen con derecho cinco ó seis colegas, á ese no le sale la cuenta, y se ve

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por
un presbítero.

FOLLETOS DE PROPAGANDA

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por
un presbítero.